

de la iniquidad como si fuese educado en la escuela de Santán.

La condesa, cuya increíble generosidad merecía otro premio, era entre sus manos el pobre pájaro que un juego cruel, un capricho diabólico, reprimen en su gozoso vuelo. No sería fácil explicar toda la amargura vertida gota a gota sobre esta existencia por gusto envilecida. Bowes, desde luego, observaba como marido la conducta más escandalosa, no cuidándose en sus culpables relaciones de buscar a su esposa rivales dignas de ella. Su disolución era aventurera y haja: sus criadas y las hijas de sus colonos eran por lo común sus víctimas; con frecuencia compraba á costa de muchos gastos los favores de alguna ramera afamada, importándole muy poco que sus infidelidades llegasen á noticia de su esposa. Habíase puesto en guardia contra el uso que ella pudiese hacer de todo esto, y por medio de un artificio satánico había creído reducirlo al silencio. Aquí brilla en todo su horror la odiosa hipocresía de este hombre.

Previendo que acaso algún día su desgraciada esposa demandaría á las leyes su protección contra el trato cada vez más insostenible de que era objeto, la había obligado á escribir como espontáneamente, pero bajo su dictado, una abominable relación llena de las más infamantes confesiones. Esta obscena novela llevaba por título: *Confesiones de la condesa de Straltmore*; los incidentes estaban en ella combinados con infernal destreza, de manera que concordasen perfectamente con las diversas fases de la vida que el se había propuesto mancillar. Un solo absurdo destruía la verosimilitud: el hacer creer que una mujer distinguida por su carácter particular y por su rango, pudiera espontáneamente deshonrarse á sí misma.

(Se continuará.)

EL AVELLANO DE ESPAÑA.

El avellano pertenece al género de plantas amentáceas que se encuentran en todos los climas templados de la Europa y de la América septentrional. En tiempo de los romanos, se cultivaba ya en Avelino, en el reino actual de Nápoles, y de ahí proviene sin duda el nombre de *avellana* que se da á su fruto. En el día se encuentra este árbol en algunas de las provincias meridionales de la Francia, y aun en ciertos parajes de Inglaterra, pero donde se cria en abundancia es en España en la vertiente meridional de los Pirineos; las tres cuartas partes de las avellanas que se consumen en Europa salen de España, principalmente de Cataluña.

La avellana de España se distingue de las otras por su tamaño, su color y forma. En ciertas localidades se ven algunas como nueces medianas: tiene prominencias más ó menos marcadas en su cáscara, es redonda y de color oscuro. La avellana silvestre es por el contrario pequeña, larga, de superficie plana y blanquecina. Además hay la avellana roja, que se cria en el avellano franco, con la cáscara de un color rojo claro; también es larga, y las hojas del árbol que la produce son de un rojo oscuro. Esta avellana es buena cuando está tierna.

El cultivo del avellano en España es lo más sencillo que pueda darse. Cada diez ó doce años se cortan de raíz los tallos que dan poco fruto y malo; y al pie del tronco brotan el mismo año muchos y fuertes vástagos que dan ya fruto al año siguiente. En cuanto al modo de propagación

también es muy sencillo: cuando se han podado los tallos viejos, y los nuevos vástagos han nacido ya, se panean estos en la tierra; al año siguiente echan raíces, y ya entonces pueden trasplantarse. También propagan en España el avellano sembrándole; se echan las avellanas en surcos de 6 á 7 centímetros de profundidad, y se cubren de tierra; por esta operación debe efectuarse en el mes de noviembre y no



El avellano de España.

en febrero ó en marzo, porque el avellano sale difícilmente, á veces suele tardar un año.

Cultivado y propagado de este modo, el avellano crece con la mayor facilidad; poco le importa que el suelo sea calcáreo ó pedregoso, prospera por todas partes con tal de que esté en su zona, que es la de la Italia meridional, la de algunas provincias del mediodía de la Francia, la de la España, etc. Únicamente, conviene colocar los avellanos á lo largo de las paredes y contra las laderas de los bosques; si está en medio del campo, no hay más que tener la precaución de aislarle de los árboles grandes.

EL GRAJO AZUL.



El grajo azul (*Coryvus cristatus*). — Dibujo de FREEMAN.

« Este ladrón de huevos, dice Audubon, ornitólogo americano, de quien hemos tomado ya la descripción del tordo rojo de América (vease la pág. 257), tiene por todas partes la misma inclinación al daño. Destruye cuantos nidos encuentra, se come los huevos, y como el cuervo, devora á

los pequeñuelos. Ataca al débil, teme al fuerte, y aun huye ante sus iguales.

» En Nueva-Orleans embarqué veinticinco grajos azules, con ánimo de poblar con ellos los bosques de Inglaterra. Al ponerlos en una jaula grande donde debía trasportar-

los me quedé sorprendido de la cobardía que iban mostrando todos á medida que los iba introduciendo uno á uno entre sus hermanos que al cabo de dos días de cautiverio se mostraban tan alegres y juguetones como en medio de los bosques. El recién-venido se precipitaba en el rincón mas oscuro de la jaula; su cabeza tomaba la posición vertical y se quedaba inmóvil. Sin embargo, á la mañana siguiente habia cambiado todo: el cautivo daba fuertes picotazos en el maíz que apretaba entre sus patas abriendo y mondando los granos con su furor asombroso. Cuando la jaula estuvo llena, era muy divertido verlos colocados en hilera sobre los palos, rompiendo cada cual su grano de maíz, tan encarnizados en su obra, y tan regulares en sus golpes como un herrero pegando en el yunque. Comen nueces, castañas, frutas secas, todo les gusta, pero sin embargo prefieren la carne fresca, sobre todo la de las aves que es para ellos la mas esquisita golosina. Permanecen tranquilamente uno al lado de otro, pero al primer grito de alarma lanzado sin motivo, la banda asustada echaba á volar por la jaula, como si el mas terrible enemigo se hubiese introducido á su lado. Soportaron muy bien la travesía y llegaron á Liverpool en buen estado; pero pocos dias después, atacados de una enfermedad ocasionada por una multitud de insectos que se adherían á todas las partes de sus cuerpos fueron pereciendo sucesivamente; uno solo se salvó, pero llegó á Londres tan cubierto de insectos que le tuve que dar para quitárselo una infusión de tabaco, que le mató casi instantáneamente.

» Aun en sus emigraciones, los grajos no vuelan de una vez á grandes distancias, y cuando se paran inspeccionan minuciosamente losques, campos y jardines donde es fácil seguirles, si no llega á atravesar los aires un halcón, en cuyo caso, la bandada entera se calla espontáneamente y desfilándose entre los mas espesos matorrales, se esconden allí en silencio.

El grajo azul tiene el pico corto, fuerte, derecho, comprimido y acerado, y la base de las ventanillas de la nariz cubiertas de pelos erizados. Su cabeza es ancha, el cuello corto, y el cuerpo robusto. Los tarsos son finos, reticulados y salientes hacia atrás, del mismo largo que el dedo de en medio. El dedo anterior es mas corto; las uñas son agudas, comprimidas y cortantes. Su plumaje es suave, sedoso y brillante; las plumas de la cabeza son largas y crespas, las alas cortas; la cola larga formada por doce plumas redondas. El pico y los pies son de un color oscuro; pero toda la parte superior es de un hermoso azul, purpúreo y brillante. La cola y las puntas de las plumas secundarias son blancas con rayas negras transversales, y una ancha banda del mismo color parte del colodrillo, pasa por detrás del ojo, y descende sobre el cuello en forma de collar. Las mejillas son de un azul claro; las partes inferiores que son blanquecinas toman un castaño rojizo en la garganta y debajo de las alas. El largo total de este grajo es de 42 pulgadas, y de 44 la estension de sus alas. La hembra, mas pequeña que el macho, tiene el pecho mas oscuro, y las tintas superiores menos brillantes. La planta que va enredada al tronco del árbol es un *Bignonia radicans*.

DE LAS SECTAS RELIGIOSAS EN RUSIA.

Creemos que no podrá ménos de llamar la atención de nuestros lectores el extracto sacado de una obra publicada en Rusia por el baron Augusto de Harthausen, consejero de Estado en Prusia. Lo poco que conocemos del ca-

rácter de aquel país, de sus usos y costumbres y de su estado religioso actual, nos hace mirar como uno de los asuntos mas dignos de publicidad el del artículo extractado de dicha obra.

Como no se puede conocer, dice el autor, el carácter de un pueblo, las instituciones sociales y políticas de un país si no se conoce tambien su estado religioso, me he ocupado en el periodo de mis viajes en recoger sobre este punto, documentos positivos, y sin tener la pretension de presentar un cuadro completo, estoy seguro de saber algo mas sobre este asunto que algunos otros estranjeros, y aun que la mayor parte de los rusos, sin esceptuar á los magistrados y empleados de aquella nacion. He hallado en algunos puntos, que no es del caso nombrar, ocasiones felices para poder apreciar y conocer de cerca muchas sectas prohibidas por el gobierno, ganándose la confianza de los habitantes, y asistiendo á sus ceremonias secretas.

El cristianismo penetró en Rusia hácia el siglo IX. La iglesia rusa era hija de la iglesia oriental, y en especial del patriarcado de Constantinopla. Las heregias gnósticas habian desaparecido entonces, es cierto, pero el Oriente ha conservado siempre algunas ideas gnósticas que los cruzados importaron al Occidente, y que se encuentran aun esparcidas entre los mahometanos. Estas ideas se encuentran tambien en Rusia. El pueblo ruso no es ajenado á las discusiones filosóficas como los pueblos del Oriente. Asi es que no se debe esperar encontrar en él entre las nuevas sectas un sistema completo: se hallan únicamente algunas ideas aisladas, pero que semejantes á esas locuras contagiosas, condenan al mismo ciego fanatismo. En este particular colocamos en primera linea á los Morelschiki, que se sacrifican entera ó parcialmente. Aun no se conocen las doctrinas de los primeros; esto es, de aquellos que se sacrifican enteramente, pero su existencia se halla desgraciadamente comprobada todos los años y en todos los puntos del reino, especialmente en el Norte, por hechos semejantes al que vamos á referir.

Primeramente se abre una ancha fosa en tierra, acompañando este trabajo con algunas singulares ceremonias, y se la rodea de paja, de leña y de otros varios combustibles. Una reunion, compuesta de veinte, treinta, cincuenta y á veces de cien fanáticos, descendiendo á esta sepultura, prenden fuego á los combustibles que la rodean, y mueren en medio de las llamas con una estoica indiferencia. Otras veces se reunen en una casa, habiendo colocado de antemano paja y leña y la prenden fuego luego que están dentro. Ligan los vecinos alarmados; pero ninguno se atreve á oponerse á esta operación, pues las victimas de ella son tenidos por santos, que reciben el bautismo del fuego.

La policia no suele tener conocimiento del hecho sino despues de terminado el cruento sacrificio. ¿En qué doctrinas está basado este fanatismo? Eso es lo que no se sabe. Únicamente la palabra *bautizo de fuego* prueba que en estos fanáticos hay algun dogma oscuro y secreto. Y en efecto, ¿cómo si así no fuese, podría explicarse un hecho que se reproduce de una manera uniforme en distintos puntos que se hallan á grandes distancias y por espacio de mas de un siglo?

Los fanáticos de la segunda especie son los Skopzi ó eunucos. Ignórase si como Origenes fundan su práctica en algunos pasajes de la Biblia mal entendidos, tanto mas cuanto que ellos miran á este libro como un libro falsificado. Ellos solos se creen poseedores del verdadero Evangelio que fué escondido y emparedado en la cúpula de la iglesia de

San Andrés en Petersburgo por Pedro III á quien veneran como su jefe y como una emanacion de Cristo. No se ve ninguna analogia entre sus prácticas y su cuerpo de doctrina, si así pueden llamarse algunas ideas oscuras y sin hilacion. Ellos dicen que en un principio no habia mas que el Dios Padre; que este creó el mundo, y que se manifestó á él como hijo en la persona de Jesucristo, á quien tienen por un Dios, como el unigodo del Señor, penetrado por la divinidad y que habla bajo su inspiracion. Pero Dios se manifiesta continuamente como Espiritu Santo á sus verdaderos hijos, esto es, á los Skopzi. El Cristo no ha muerto, segun ellos, y vive siempre sobre la tierra bajo una forma cualquiera, viviendo en la persona de Pedro III que no ha muerto, como se dice, sino que ha huido á Irkutz, y desde entonces creen que la salvacion debe venir del Este. Pedro debe venir muy pronto, y en el Kremlin de Moscow tocará la gran campana de la iglesia de la Ascension; sus verdaderos discipulos la oirán desde todas las partes del mundo y se reunirán á su alrededor empezando entonces el reino eterno de los Skopzi.

Estos sectarios no creen en la resurreccion del cuerpo y no celebran el domingo. Comulgan con un pan que colocan primeramente en la tumba de algun personaje místico de su secta y que queda consagrado con esta ceremonia. Cada uno de ellos come un poco de este pan el dia primero de Pascua, que es el único dia festivo que tienen en todo el año. Se reunen durante la noche del sábado al domingo y se entregan á ceremonias extrañas y misteriosas. Estas ceremonias se llaman Karahilik, que quiere decir barca frágil que vaga á merced de las olas.

En sus reuniones cantan recitando, algunos himnos cuyos palabras no comprendi, pero que producen en mí una impresion profunda aunque dolorosa á causa del salvaje entusiasmo que respiraban. Los miembros de esta secta se reconocen por ciertos signos masónicos. Todos tienen en su casa el retrato de Pedro III, y todos se hallan animados de un espíritu de proselitismo muy ardiente. El que llegue á convertir doce discipulos, obtiene la dignidad de apóstol. En algunos gobiernos, poblaciones enteras pertenecen á esta secta. Nada revela sus creencias religiosas. Sus casas, sus familias, se parecen á las demas; tienen mujeres ó hijos, porque se casan verdaderamente, y no se someten á la cruenta operación hasta despues de haber tenido un hijo. Sin embargo, en general sus hijos provienen de uniones adúlteras, pero los Skopzi cuidan á estos hijos como de leñi tina union. El número oficial de los Skopzi es de tres mil, pero en realidad son mas de treinta mil. Como son muy ricos, la policia saca partido de sus riquezas, pero nunca puede sorprender á las personas.

Una secta que parece tener algunos puntos de semejanza con la de que venimos ocupándonos, es la de los disciplinantes, aunque se sabe muy poco á punto fijo de sus doctrinas. En sus asambleas, en las cuales no se constante la imagen de ningun santo, saltan y corren en circulo unos detras de otros, dándose golpes con las disciplinas. En medio tienen una gran copa á manera de pila, llena de agua, á donde van de cuando en cuando á cojer agua con las manos para echársela sobre la cabeza y para beber, siguiendo en su ejercicio hasta que caen de cansancio. Cierta dia del año, despues de estas furiosas danzas, los hombres se dejan caer sobre los bancos que hay al rededor del local de sus sesiones, y las mujeres se echan debajo de los mismos. De pronto se estinguen las luces y empiezan espantosas orgias.

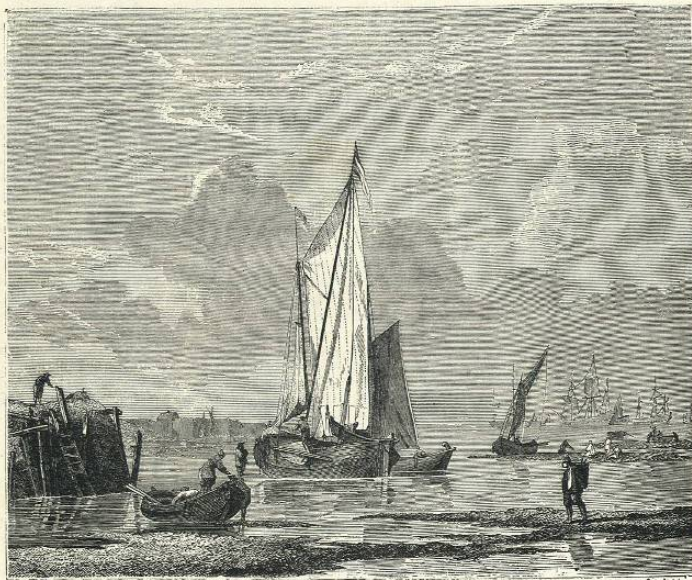
Tuve yo en Moscow un secretario, que habia sido antes farmacéutico con tienda abierta, y tiempos atras empleado en una fabrica de aguardiente, cerca de Roshew, donde se habia asociado con varios individuos, y aun habia asistido él á algunas de sus reuniones.

Lo que este sugeto me contaba me parecia increíble, pero en honor de la verdad debo decir que la conducta de mi secretario, durante los tres meses que lo tuve en mi compañía, no me autorizó, ni en lo mas mínimo, para suponer que fuese hombre que diese pávulo á mentiras. Opinaba él que los disciplinantes y los eunucos estaban en relaciones intimas, y que se suplían reciprocamente unos á otros. En las reuniones á que habia asistido, no habia presenciado absolutamente ninguno de los horrores que me contaba, bien que esto habia dependido de no querer plegarse á la exigencia que tenían con él de que abrazase la secta, único modo de permitirle la entrada en esa gran reunion anual de que hemos hablado. Sin embargo, los mismos sectarios, teniendo gran confianza en él, le habian contado todas aquellas monstruosas escenas. Por lo demas, las noticias que me daba han sido plenamente confirmadas por una informacion de la policia que sorprendió una de estas reuniones en Moscow, y el año 1840. De esta informacion resulta que los disciplinantes y los eunucos son una misma secta, y que los primeros suplén á los segundos, y que vienen á llenar sus vacantes como puesto de ascenso. Dichos sectarios miran con horror á los perros, porque los suponen en tratos con el diablo, y aman por el contrario á los gatos. Aunque miran á Cristo como á su fundador, le insultan y abofetean su imagen el dia de su recepcion. No conocen el matrimonio, y no se casan mas que para sustraerse á las pesquias de la policia. Sus mujeres y sus hijos son comunes. Se ha observado que cuando una mujer de esta secta, despues de la muerte de su marido se casa con otro que no es disciplinante y llega á penetrar los misterios de aquella profanacion, desaparece sin que se vuelva á saber mas de él. La noche de Pascua se reúnen los disciplinantes y eunucos para festejar juntos á la madre de Dios. En tal solemnidad se coloca en un baño lleno de agua caliente á una muchacha de quince años á quien se suele ganar haciéndole grandes promesas. Algunos viejos se acercan á ella y la hacen una sajadura prolongada desde el centro del pecho al costado izquierdo. Luego le cortan el pecho izquierdo de cuajo y la estancan la sangre con una prontitud increíble. Durante la operación se la hace tener la mano en una imagen que representa al Espiritu Santo. El pecho que se ha cortado se hace pedazos pequeños, y se sirve á los sectarios, los cuales deben comer algo de él. Luego se hace subir á la muchacha á un altar, y toda la asamblea baila alrededor cantando: *Vamos bailando, vamos saltando sobre la montañas de Lyon*. La danza se hace de cada momento mas furiosa. Por último, se apagan las hachas y entonces tienen lugar las inmundas escenas de que hablamos antes. Mi secretario conoció á muchas de aquellas muchachas á las cuales se honraba como santas, y me decia que á la edad de veinte años parecia que tenían ya sesenta, y solian morir muy jóvenes, pero me citó una que se habia casado y habia tenido dos hijos. Estos fanáticos llevan algunas veces por mortificarse, sobre la misma carne, cotas de malta y camisas de crin de caballo. Yo conocí uno que llevaba una cruz de metal sobre el pecho y otra á la espalda, sujetas á los brazos y al costado por medio de garlitos de hierro medidos en la carne.

GUILLERMO VAN DEN VELDE.

LA CALMA.

G. Van den Velde nació en Amsterdam en 1633 y murió en Londres en 1707. Le llaman el joven para distinguirlo de su padre. No hay duda que los preciosos y admirables dibujos de este debieron inculcarle desde luego los mejores principios de su arte, y nadie duda tampoco que al aprender el dibujo parece se hizo con conocimientos especiales sobre todo lo relativo a la construcción de buques. Su padre le



La calma.

el brillo de ese gran triunfo, y aun podemos añadir que G. Van den Velde sería el primer pintor de marinas del mundo si no hubiese existido Claudio de Lorena; ya es bastante gloria el estar colocado después de este.

Cuando sorprendiendo la mar en un instante de perfecta calma, nos pinta como en el cuadro que acompaña á estas líneas, la entrada de un puerto, los accidentes de la playa, los buques en una inmovilidad completa, y el agua tersa como un espejo, descubre un talento tan extraordinario que nadie se atrevería á disputarle la palma de la perfección. Sus aguas semejantes al cristal de las ondas tienen también como ellas, limpidez, frescura y transparencia. Sus cielos resplandecen á su vez con toda la claridad del mismo cielo, á veces los rayos del sol penetrando por las ligeras nubes

metió en la escuela de Simon de Vlioger, excelente pintor de marinas, cuando fué llamado á Inglaterra por Carlos II, y allí adquirió en poco tiempo la ciencia del colorido, sin la cual no hay ilusión posible en la pintura.

Sin embargo, fuera que sus lecciones hubiesen desarrollado en él los jérmenes de su talento, ó ya debiera á su genio precoz la revelación de los grandes secretos de su arte, lo cierto es que sus primeras obras excitaron una admiración general, colocándole, en su jénero, en la primera categoría de pintores holandeses. Nada hasta hoy ha podido empañar

que graciosas se pasean sobre un fondo azulado, ocasionan una infinidad de accidentes de luz y de sombra que les dan las mas variadas formas y colores. Otras veces también esos grupos de nubes ostentan tonos claros y arjentinos, que se reflejan en el inmóvil cristal de las aguas, así como el azul de la bóveda celeste, así como las elegantes formas de los buques y de las chalupas y el color blanco ó tostado de sus velas. Entonces nada iguala la magnificencia del espectáculo que se ofrece á la vista, porque no es solo la naturaleza verdadera sino la naturaleza embellecida por el pintor con mil mágicos efectos.

G. Van den Velde joven pintó también huracanes y borascas donde el choque de las olas, su movimiento y sus espumas, nos llaman menos la atención que sus aguas estan-

cadas. Además se sabe que representó combates navales, en los cuales, maniobras, navios y figuras todo se halla estudiado y ejecutado con un profundo conocimiento del arte.

J. J. ARNOUX.

EL CASTRERO DE BOWES.

PROCESO CRIMINAL.

(Véanse las págs. 333 y 344.)

Cómo la obligó á ello? Jámase ha sabido con exactitud; pero se infiere fácilmente recordando los horribles tratamientos con que se desembarazó de miss Newton su primera esposa. No hallo pormenores acerca de esto en la relación del cirujano; sin embargo, existen rumores bastante difundidos de que uno de los suplicios con cuyo auxilio consiguió sus fines, fué el de encerrar dentro de un arca el largo y hermoso cabello de la condesa, y haciéndola estar tendida sobre el pavimento y completamente inmóvil, so pena de los mas atroces sufrimientos. No es esta una de las ideas mas diabólicas que la poesía y la pintura han atribuido al príncipe de los condenados?

Bowes se salió con la suya, y las *Confesiones* vinieron á ser tan auténticas como era posible: lealistas y relealistas sin cesar. Segun su biógrafo, las dejaba por la noche bajo su almohada. «Las sabia de memoria, y formaron parte del equipaje cuando su viaje á París. Nunca se separaba de este tesoro, cuya posesión tenia para él una especie de aliciente feroz.» Mas adelante le veremos servirse de esta arma emponzoñada.

El sencillo escritor que, familiarmente admitido en la casa de Bowes, ha podido trasmitirnos en todo su horror el cuadro de semejante tiranía doméstica, describe así el estado de la condesa al cabo de seis años de matrimonio:

«Hacia algun tiempo que yo no la habia visto. Me pareció extraordinariamente abatida y desfigurada; sus nervios se hallaban en un estado de excitación continua; su palidez era extrema, y la oscilación convulsiva de su barba, hasta entonces accidental, se habia hecho constante. Antes de pronunciar alguna palabra, nunca dejaba de mirar á su marido, y consultaba su vista antes de responder á un brindis que se le dirigiese.

» Por lo demas, la condesa permanecia muy poco tiempo á la mesa, y después no se la volvía á ver mas. Algunos dias después, nos dirigiamos una mañana M. Harrison y yo á visitar con ella el jardín, tan magnífico en otro tiempo, que habia mandado construir en Paul's-Walden: aunque la negligencia de Bowes tuvo casi enteramente descuidado este sitio delicioso, ostentaba aun en algunos puntos las huellas del gusto perfecto que habia presidido á su construcción.

» La condesa nos mostraba con evidente turbación y profunda melancolía las plantas, los semilleros de flores, los prados, las glorietas y las bellas alamedas que poco antes habia tenido tanto placer en dibujar.

» En un extraño arbutio nos hizo observar las señales del cultivo que le habia dado. Yo la contemplaba durante esta conversación. La inquietud de su alma se traslucía en los movimientos de su boca, en la vacilación de su mirada, y en el aumento de esa crispación nerviosa de que antes hice mención.»

En la misma época, el miserable autor de tantos sufrimientos se arrojaba en la via ruinosa de la disipación y del

desórden; aumentaba el número de sus servidores, tenia mesa de estado, y procuraba deslumbrar á los habitantes de la comarca con el brillo de las fiestas. Su audacia, acrecentada por la humilde sumisión de su víctima, ya no encontraba límites.

No contento con arrebatarle una á una todas las distracciones de la vida social á que estaba acostumbrada, de reducir su tren, de obligarla á vender sus joyas, de privarla en sumo de cuanto constituye la existencia moral de una mujer cuya educación y cuyos hábitos han desarrollado en ella el gusto de las artes y de los gozes intelectuales, la obligaba á sufrir, con la certeza de sus infidelidades, la presencia de las mujeres á las cuales la sacrificaba. M. Jesse Foot habla, entre otras, de una jóven sumamente hermosa, hija de uno de los colonos de Bowes, á quien habia seducido á fuerza de regalos. La recibia con su hermana y su madre después de la comida, y todos juntos tomaban el té con la condesa.

No habia ya en ella voluntad; todo sentimiento de sus derechos, todo rencor legitimo parecian estinguidos para siempre.

Pero era poco una víctima para un hombre como Bowes. La condesa habia tenido cinco hijos de lord Strathmore. Su nuevo esposo hizo cuanto pudo para sustraer de la protección de su tutor á lady Maria Jane y lady Ana Maria, que eran las dos hijas mayores. Los niños estaban, por disposición de la ley, fuera de su alcance. Mil hipócritas manejos encubrieron al principio la ejecución de este plan. Víosele de repente manifestar las mas vivas alarmas, la solicitud mas tierna por la salud de la condesa, minada, decia él, por los sufrimientos morales debidos á la ausencia de sus hijos. Así consiguió que le remitiesen una de las niñas, y la otra se libró, gracias á la prudente firmeza de sus tutores. Permitieron que una fuese á ver á su madre, moribunda segun se la representaban; mas cuando hubo llegado, la separaron de las personas destinadas á su servicio. Esta circunstancia produjo alarma, y los sucesos inmediatos obligaron á Bowes á soltar su presa; pero partió al momento á Paris con la otra niña y la condesa. Un proceso siguió, que fué llevado ante el tribunal de la Cancillería. El raptor escribia carta sobre carta, con el refinamiento de la hipocresía mas consumada para enternecer á sus jueces en favor de la condesa.

Pero tuvo mal éxito, y le obligaron á volver á sus protectores legales la niña robada, á pesar de la habilidad de los abogados que habia escogido entre los de mas nombre en aquella época; tales fueron Erskine, Law y Scott, después lord Erskine, Eldon y Ellenborough.

Llegamos ya á las peripetias mas terribles de este triste drama. Las crueldades de Bowes, aumentándose mas y mas, hicieron caer á la desventurada condesa en un parálisis de desesperación. Resolvió escapar de tamaña tiranía y reclamar la protección de las leyes; pero la fuga era difícil. Bowes y sus satélites ejercian sobre ella la vigilancia mas activa.

Entre todos los sirvientes de la casa una sola persona se habia librado de las corrupciones de Bowes, y profesaba á la condesa un cariño y una compasión sinceros. Esta persona era una muchacha de quien nunca se habia desconfiado. Desde mucho antes, sin embargo, su señora y ella habian previsto los resultados y acordado los medios de una evasión secretamente meditada. Cierto dia pareció ofrecerse una ocasión favorable. Bowes habia ido á comer á casa de uno de sus amigos, llevando consigo gran número de sus criados. Bajo diversos pretextos alejó á los demas, y aun el que estaba mas particularmente encargado de guardar de vista á la condesa, no concibió sospecha alguna cuando ella le rogó

que fuese á la próxima librería para renovar las suscripciones de obras para su lectura.

Luego que hubo salido, ama y criada, después de haber cerrado por dentro varias puertas para retardar algun tanto el descubrimiento de su huida, salieron de casa y llegaron sin obstáculos á Oxford's-Street, que era el punto de carruajes más cercano. Pero ni uno solo pudieron hallar. El riesgo era inminente. Apenas se apercibieron de su desaparición, cuando rápidos mensajeros notificaron el caso á Bowes. Acudió este, impulsado por la rabia y el temor; las fugitivas acababan de encontrar un carruaje, cuando le encontraron á un estremo de Berner's-Street, en un cabriolé de alquiler, cuyo caballo azotaba él con toda su fuerza, asomando con sangrienta curiosidad su cabeza desnuda.

La Providencia ocultó la condesa á sus miradas; como se hallaba tan deteriorada su salud para ver con serenidad tan gran peligro, un violento ataque de nervios la hizo caer en el fondo del vehículo que la conducía á seguro asilo.

Fue llevada á casa de un abogado, M. Shuter, en Corsitor's-Street, y se la destinó una modesta habitación en Dyer's-Buildings. Empero Bowes no perdió un minuto, y llegó bien pronto á encontrar su huella. Informóse del lugar donde se hallaba retirada, mas por fortuna había tenido ya tiempo de presentar al tribunal del *Banco del Rey* una petición de protección contra los malos tratamientos de su marido, y de este modo quedó en adelante bajo la especial custodia de aquel tribunal. Acostumbrado Bowes á sojuzgar la fortuna con sus temeridades inauditas, no se dejó intimidar por este accidente; fuese á vivir en la misma calle que su esposa, y acañándola como el gato al ratón, pareció dispuesto á nuevas violencias. Su casa nunca se desocupaba de hombres de siniestro aspecto, agentes resueltos de sus criminales decisiones. Cada uno le sugería un nuevo plan, una intriga nueva. Inducido acerca de los medios, pero atento siempre á su fin, adoptaba todas estas ideas, pasaba de una á otra, trazaba mil criminales tramas y preparaba á la vez veinte dramas judiciales.

Sus querrelas vehementes (presentábase como ofendido) eran llevadas á un mismo tiempo á la Cancillería, al Banco del Rey, y aun á los Doctor's Commons. Se esforzaba también para imponer silencio á las declaraciones que preveía pudieran emplearse contra él; otros lazos, otras corrupciones iban á buscar á las víctimas de su deplorable desorden, y les compraba la conciencia después de haber pagado su honor; y contando con abandonarlas de nuevo, acallaba á fuerza de oro sus quejas y los gritos de sus hijos. A pesar de todo, se creyó suficiente todavía para justificarse ante los Doctor's Commons de las alegaciones de la infortunada condesa.

Había dejado esta su casa con tal precipitación y en circunstancias tan imprevistas, que no había tenido tiempo de proporcionarse ningún recurso. Sus trajes y sus joyas habían quedado en el poder de Bowes. De consiguiente, solo con el auxilio de socorros extraños pudo esta mujer, poco antes una de las mas ricas herederas del reino, llegar por la costosa vía de los procedimientos judiciales, á hacer las pruebas que la ley le exigía. Para apreciar el horror de los tratamientos que había sufrido, es menester recordar lo que hemos dicho antes acerca de este punto, de su rango, de la delicadeza de su carácter y de lo que le debía el hombre que por espacio de tantos años se había convertido en su despiadado verdugo.

La información judicial en favor de la condesa decia en términos enérgicos que Bowes estaba convicto de haber « pe-

gado, arañado, mordido, pelizcado, azotado, pisoteado, encerrado, insultado, provocado, atormentado, mortificado, degradado, tiranizado, engañado, hecho sufrir hambre, apremiado y violentado á la condesa, y de haberla (suplicio nuevo) torcido el corazón. » A todas estas acusaciones nada tenía Bowes que replicar, y no podía oponer otra cosa que las preciosas *Confesiones* dictadas justamente para el caso de su execrable defensa, y que puso en manos de su procurador para que sacase de ellas todo el partido posible.

En medio de estos lances, Bowes no perdía de vista su víctima: en vano hacia ella para desorientarlo frecuentes cambios de domicilio; su esposo sabía siempre encontrarla y proporcionarse alojamiento cercano al de ella. Habíase refugiado por último en Bloom's Bury Square, y allí fué donde resolvió volver á ganar la partida empettata contra él, por un golpe de mano que nadie podía prever, tan imposible parecía intentarlo. La justicia había encomendado á un constable la guarda especial de la condesa, y este hombre, llamado Lucas, había sido buscado entre los de su profesión que mas confianza inspiraban.

Bowes no desesperó de sobornarlo: al efecto, supo penetrar en el seno de su familia, informarse de las necesidades que experimentaba y satisfacerlas hábilmente; por manera que bien pronto el constable, su mujer y todos los suyos, persuadidos de la justicia de sus pretensiones, en lugar de poner obstáculo á sus proyectos, ingresaron en el número de sus agentes mas activos. Hábilmente mostrado Bowes como un marido indignamente ultrajado; les había hecho leer las famosas *Confesiones*; habiéndolos cautivado casi sin saberlo, no se desdénó ya de convencerlos. Fascinado como tantos otros, el honrado Lucas fué desde este momento un hombre perdido, y el rapto de la condesa ya no debía encontrar mas que dificultades secundarias. Del *Centleman's Magazine* de diciembre de 1786 tomamos la siguiente relación:

« Después de algunas semanas, varios sugetos de aspecto sospechoso frecuentaban los alrededores de la casa habitada por la condesa en Bloom's Bury Square; y cuando salía en carruaje, se la veía seguirle, unas veces en facre, otras veces á pie. Su señora no ignoraba enteramente estas circunstancias, ni dejaba de conocer el daño que la anunciaban; pero esperaba contrarrestar los proyectos de sus enemigos, merced á la vigilancia de un constable que había tomado á sueldo y cuya misión era no perderla nunca de vista.

« Este hombre llamado Lucas, en la mañana del viernes 10 de noviembre preguntó al cochero, segun costumbré, si ningún había de salir en aquel día. Respondiósele que tal era su intencion, y se le dió orden de volver entre una y dos de la tarde. Hacía esta hora debía ir su señora á casa de M. Foster, en Exford's Street. Iba con la acompañasen M. Farrer, hermano de su abogado, y su doncella mistress Morgan, quienes entraron con ella en su carruaje. Ningun accidente les sobrevino durante el viaje; pero á los cinco minutos de haber llegado á casa de M. Foster varios hombres de los que hemos hablado antes, mostraron en la puerta del almacén sus fisonomías bien conocidas de la condesa.

« Aterrorizada con su aspecto, se refugió en un aposento interior, á cuya puerta echó el cerrojo, no sin haber rogado antes á M. Foster que fuese á pedir á los agentes de policía que viniesen á sustraerla de las violencias que parecían prepararse contra ella.

« No bien M. Foster había salido de casa, se presentó el constable de que hemos hecho mención, y manifestando su nombre, logró que se le franqueasen inmediatamente las

puertas. Llegando ante su señora, la dijo con gran sobresalto, que en virtud de una orden de arresto que acababa de recibir, debía considerarse como presa, añadiendo que esta noticia, lejos de asustarla, era por el contrario de buen agüero para ella, puesto que la llevaría á Gaea Wood á casa de lord Mansfield, quien deseando frustrar los designios de sus adversarios, la tomaría bajo su inmediata protección.

« Este artificioso relato, cuya falacia no pudo sospechar la condesa por su estado de inquietud, venció su resistencia á dejar la casa de M. Foster. Subió á su carroza, tomando asiento á su lado, entre otros, M. Farrer. Cerrada la portezuela, fueron despedidos los lacayos bajo el falso pretexto de que la condesa lo ordenaba así. El cochero estaba ganado, á lo que parecía, y nuevos criados, todos bien armados, subieron á la trasera del coche. Así es como sin ruido ni obstáculo fué encerrada la condesa en Highgate Hill. Allí encontró á Bowes, quien dirigiéndose á M. Farrer, le rogó con la mayor finura que tuviese la bondad de cederle su puesto. La resistencia era inútil.

« M. Farrer bajó, y M. Bowes tomó asiento en el carruaje á la derecha de la condesa, que desde entonces no abrigó duda alguna acerca del lazo en que había caído. El cochero recibió orden de continuar y de apresurar el paso.

« M. Farrer, ya libre, se volvió á Londres á toda prisa, y presentó pedimento al tribunal del *Banco del Rey*, á fin de obtener una orden de libertad. El lunes 20 dos uigeros de vater de lord Mansfield fueron enviados al Norte en persecución del raptor, que continuaba entretanto su camino.

« Un nuevo tiro de caballos aguardaba á los viajeros en Barnet. Bien que los cristales del coche fuesen rotos y pudiese notarse una violenta desesperación en el semblante de la dama que iba dentro, nadie imaginó poner el menor óbice á la marcha de M. Bowes.

« Su huella se nos pierde hasta el momento en que uno de sus lacayos, al llegar á la venta del Angel en Doncaster (noventa y nueve millas de Londres) pidió caballos para el carruaje de su amo que, segun dijo, le seguía de cerca. Llegó en efecto, al cabo de una media hora, y se detuvo en la calle. En tanto que se mudaban los caballos, M. Woodcock, dueño de la venta, sacó unas tortas á M. Bowes, que este ofreció á los que le acompañaban. Ignoramos si las aceptaron. Los caballos de refresco partieron inmediatamente para Bransby Moor, á donde nos conduce la serie de las noticias obtenidas. La condesa entró algunos instantes en un cuarto de la posada, á donde la acompañó una criada; pero su marido no se separó un momento de la puerta, y se mostró agitado de la mas viva impaciencia hasta que la hizo volver á subir al carruaje. En Ferry Bridge la dejó pasearse un poco en el jardín, en cuya puerta hizo asiduamente centinela.

« Desde este momento hasta su llegada á Streatlam Castle, en el condado de Durham, trascurren once dias cuya inversion no sabemos sino por los dichos de la condesa después de su libertad. La relación de sus sufrimientos escita la mas honda compasión.

« Parece que en el camino, y hallándose rodeada de los raptadores armados, quiso obligarla á firmar una especie de consentimiento que paralizaba los procedimientos de la curia eclesiástica, y por el cual se obligaba á reconocerle para siempre con el nombre y derechos de esposo; pero ella se negó absolutamente. Entonces le arrojó al suelo y le pegó de puñadas, después de haberle tapado la boca con un pañuelo para evitar los gritos que el dolor le arrancaba. A la

mas leve discusión que se movía entre ellos, le azotaba el pecho con la cadena y los sellos de su reloj. Provocado, por fin, por su firme resistencia, apoyó sobre la frente de su esposa una pistola cargada, amenazándola con la muerte si no firmaba en el acto el papel en cuestion. Pero ella rehusó de nuevo, y esta espantosa escena no tuvo por entonces otras consecuencias. En Streatlam Castle, cambiando repentinamente, probó con mil suplicas á determinar á la condesa que recobrase la actitud de señora de casa y se condujese esteriormente como una mujer sumisa espontáneamente á la voluntad de su marido.

« Pero á la sujeción pasiva había sucedido la obstinación pasiva de una resistencia desesperada. Observándolo Bowes, al punto cesó de rogar, y volvió á los arrebatos coléricos que le eran naturales. Echó mano otra vez del dolor material para vencer una resistencia á que no estaba acostumbrado. Después, con esa ciencia de las escenas de que caracteriza su horrible conducta, substituyó á las escenas de violencia un completo aislamiento, que, por consecuencia indispensable, debía dar á las exaltaciones de la mente y á los terrores de la imaginación un carácter mas imponente y una influencia mas irresistible. Cuando se presentó ante la condesa, después de haberle tenido por espacio de veinticuatro horas entregada á sus angustias solitarias y con absoluta incomunicación, aparentó la calma que acompaña por lo común á las resoluciones invariables, y con voz reprimida, pero por lo mismo mas amenazante, la preguntó si estaba decidida para siempre á no llenar en toda su estension los deberes de esposa. Respondióle solemnemente que nada la reduciría jamás á semejante estremo.

« No esperaba encontrar tanta pertinacia; así es que su furia sobrepuso entonces segun manifestación de la condesa á todas las que había visto en él otras veces: asíola de las manos, se las retorció y la forzó á caer de rodillas; sacando luego un cachorrillo, le ordenó en un transporte frenético, que orase por última vez. Obedeció la condesa, y fijando en seguida en él su mirada tranquila, le mandó que hiciese fuego.

« Mientras esto pasaba, sordos rumores habían esparcido la alarma en el país: los terratenientes de la condesa comenzaron á temer por ella, y Bowes á dudar de su propia seguridad. A fin de proporcionarse los medios de fuga, llevando consigo su presa, mandó á dos de sus criados que se disfrazasen de modo que desde lejos pudiesen ser tomados por la condesa y él.

« Por su orden se asomaban muchas veces á las ventanas; y esta habiéndose estratagemas les salió á las mil maravillas, y calmó desde luego á los buenos aldeanos que de vez en cuando venían á visitar el castillo, y aun engañó por este medio á los oficiales del sheriff que, despachados con la orden de arresto, se apoderaron del supuesto Bowes y de la supuesta condesa.

(Se concluirá.)

J. RUYSDAEL.

En una de nuestras precedentes noticias sobre J. Ruysdael, hemos dicho que no sabía adornar sus admirables paisajes de figuras dibujadas y pintadas por él, y que muchas veces Berghem, Wouvermans, Van den Velde, y Lingelbach, los poblaban de personages adecuados á los sitios que el artista representaba.

La selva, cuyo grabado acompaña á la presente noticia,

nos suministra uno de los mas conocidos y célebres ejemplos del hecho de que tratamos. Berghem escribió tan claramente su nombre en todas las figuras que pintó aquí, que aun cuando todos los historiadores de la pintura no hubiesen notado esta particularidad, el espectador menos perspicaz la notaría. Este soberbio lienzo se halla en la galería del Louvre, y como antes de llegar á el



RUYSDAEL D.

A. BAQUIER D.

C. GUARDIN D.

J. RUYSDAEL.— La selva con las figuras de Berghem.

á su estudio debe el arte tan difícil de reproducir con verdad sus mas hermosos y pintorescos efectos; pero no por esto queremos decir que Ruysdael no tuviese mas maestro que ella, porque por grande que sea la influencia que pueda ejercer en el desarrollo de un gran talento, nunca podría libertarle de esas nociones preliminares que forman el tesoro de la ciencia, fruto de la esperiencia y del tiempo, porque hay principios de que en ningún caso puede prescindirse.

Al examinar con atención las primeras obras de Ruysdael, confrontándolas con las de su hermano Salomon, se maravilla uno de la relacion que habia entonces entre el estilo de ambos: la misma dureza de pincel, el mismo colorido, y la misma disposicion de cielos; así pues, quién puede haber guiado el pincel de Ruysdael sino su hermano

hay que pasar por delante de muchos magníficos paisajes de Berghem, al instante se conoce su estilo en las figuras que habitan el hermoso pais de Ruysdael.

Ya hemos dicho tambien que este gran pintor no tuvo otro maestro que la naturaleza; lo que es muy cierto si se considera que consagró su vida á estudiarla, que debió sorprender sin duda muchos secretos de ella, y que quizá solo

que tenia veinte años mas que él? Y si Ruysdael estudió con su hermano, porque no le hemos de acordar que hubiese podido seguir igualmente las lecciones de Allard Van Everdingen, cuyos cuadros estudió tan bien que casi podría decirse que los tuvo á la vista al hacer sus bellos paisajes. Este parecido es tan notable que los cuadros de Everdingen fueron vendidos durante largo tiempo como si fueran de Ruysdael. En conclusion, repetiremos con los que han tocado antes que nosotros este punto, que habiéndose hecho amigo de Berghem, recibió algunos consejos que no contribuyeron poco á sus adelantos, lo que es imposible poner en duda cuando se reconoce en sus paisajes, no solo las figuras de Berghem, sino tambien los toques maestros y las frescas tintas de este pintor eminente. J. J. ARNOUX.

EL PALACIO DE CRISTAL.



Exposicion de los productos de la Manufactura de Sèvres, en el Palacio de Cristal.

Las porcelanas de Sevres obtuvieron en Londres el año último uno de los primeros premios.

Las obras principales presentadas en la Exposicion son las

siguientes: Un gran jarron de porcelana adornado de flores y pájaros pintados de mano maestra; dos jarrones imitados á los de la China, con adornos de flores, mariposas

y pájaros, y otro jarrón de medianas proporciones, en forma de huevo con flores pintadas sobre fondo blanco.

Nombrado últimamente por el gobierno francés un consejo de perfeccionamiento para las manufacturas nacionales, el primer beneficio que Sevres debía recibir de los ilustrados miembros que le componen, era una grande variedad en sus trabajos, como lo prueban los objetos espuestos en Londres. Una simple ojeada sobre esos objetos basta para conocer que en el consejo hay aficionados de todas las escuelas.

En efecto, allí se encuentran juntas la antigüedad, la edad-media y la época del Renacimiento. Enrique II, Luis XV, el Imperio y la escuela contemporánea han producido igualmente sus modelos. El arte medio, el egipcio, el etrusco, el griego, el árabe y el italiano han contribuido á que el ingenio francés saliera airoso de tan difícil prueba.

En lo que no se ha alcanzado el mismo éxito ha sido en la imitación de las porcelanas chinas: los procedimientos de los antiguos operarios del celeste imperio, sus brillantes colores y sus admirables esmaltes, son hoy como siempre un impenetrable secreto.

La manufactura de Sevres ha llegado á generalizar un procedimiento de cocion que presenta una grande economía y una esquisita perfeccion en los productos. Despues de muchas experiencias, ha logrado cocer la porcelana dura con la uña, y á beneficio de este método se han obtenido las piezas mas delicadas, transparentes y ligeras que se vieron en la Exposicion, á las cuales el Japon no tiene nada que oponer en cuanto á transparencia.

El taller de esmaltes sobre metales fundado en Sevres en 1845, espuso tambien algunos productos dignos de elogio, como la copia del nacimiento de Venus de M. Ingres, y de la Hermosa Jardinera de Rafael, pintadas ambas sobre pastas metálicas por madama Laurent, de un modo admirable. Además, habia otras varias piezas esmaltadas como vasos, copas, bandejas y jarrones.

EL CASTILLO DE BOWES.

PROCESO CRIMINAL.

(Véanse las págs. 328, 341 y 349.)

« A la sazón, esta infeliz, arrastrada por su marido, llegaba por caminos transversales á una granja aislada de las cercanías, adonde habian marchado á una hora avanzada de la noche. Allí, esta especie de loco furioso, en poder del cual se hallaba cautiva la noble y hermosa condesa, cuyas desdichas referimos, juntó á nuevas amenazas, que fueron inútiles como las primeras, tratamientos perversos y de tal naturaleza á la vez cruel y afrentosa, que no nos es dado explicar.

« Llegado el día mandó ensillar un caballo é hizo montar á la grupa á la condesa, sin consideracion á su estado de debilidad y sin tomar ninguna de las precauciones necesarias para este modo de viajar. El frío era intenso, y el suelo estaba cubierto de nieve. Bowes no se atrevia por esta causa á seguir los caminos trillados. Dirigióse, pues, á través de los campos y por los parages mas desiertos, llevando su espantada victima hasta la pequeña ciudad de Darlington.

« Encerrada en un oscuro cuarto, y despues de haber sido amenazada con la camisa de fuerza, bien pronto vió entrar á su marido, armado de un instrumento de hierro encendido, que se lo aproximó varias veces al desnudo

pecho, profiriendo contra ella las amenazas mas atroces. Todo fué inútil: el temor de nuevos instrumentos, más bien que el de la muerte, no habia hecho mella en esta criatura naturalmente dulce y tímida, y al presente exagerada.

« La hora de la libertad se aproximaba sin embargo. Los agentes de justicia habian hallado por fin la buella antes perdida. Bowes no tenia esperanza de escapar. Saló á toda prisa de Darlington antes que amaneciese, llevando como el día anterior su desventurada esposa á través de los bosques y de las tierras de labor.

« Empero las gentes del campo que volvian á sus trabajos, admirados de ver tan extraño viajero, se pusieron al punto en su persecucion. Llegaban á la sazón á todo correr los constables, y el somaten se hizo general. Bowes se veia ya apurado, cuando un viejo aldeano, por cerca del cual pasaba, se arrojó á coger las bridas del caballo. Este valiente hubiera sido victima de su furor, porque el raptor se apuntó con una pistola... Pero un oficial de justicia, que en este momento llegó armado de una estaca, dió á Bowes un golpe tan fuerte en la cabeza, que le hizo caer bañado en su propia sangre.

« La condesa se encontró naturalmente bajo la proteccion de los constables que la habian libertado, y acompañada por ellos volvió inmediatamente á Londres, donde el 23 fué presentada al tribunal del *Banco del Rey*, que recibió su querrela juramentada, y espidió auto de prision corporal contra su indigno esposo.

« Compareció este el 27, la cabeza vendada con un pañuelo de seda encarnada. Dos hombres le sostenian por debajo de los brazos, porque sin su auxilio apenas pudiera sostenerse en pié. El resultado final del proceso fué la condenacion de Bowes en 300 libras para el fisco, y tres años de prision en la cárcel del *Banco del Rey*. Trascurrido este tiempo debia presentar fianza por catorce años, á saber, 10,000 libras pagadas por él, y otras dos fianzas agenas de 5000 libras cada una. El constable Lucas fué penado en 50 libras de multa y tres años de encarcelamiento en Newgate. Otras penas proporcionadas á la gravedad de los delitos fueron impuestas á los demas cómplices de Bowes.

Por efecto del proceso criminal, cuya fiel relacion acabamos de transcribir, la condesa obtuvo del tribunal de los doctores Commons, una sentencia de divorcio. El mismo día en que se vió libre, un movimiento de triunfo, bien disculpable sin duda, le hizo dirigir á Bowes una especie de invectiva, que por su forma y tenor singulares, nos ha parecido digna de ser aqui reproducida. Es un epíteto concebido en los términos siguientes:

« Aquí reposa ahora un hombre que jamás reposo tuvo. No buscaba virtud, ingenio ó ciencia; elevóse no obstante

por su vil y profunda hipocresía, por la locura de unos y por el crimen de otros, á los honores que jamás pensara y á las riquezas que gozar no supo.

Giegos tuvo los ojos para ver los defectos en si mismo ó en los demás á mérito.

Era enemigo de la especie humana, pérfido á la amistad, ingrato siempre al favor recibido,

humilde ante el poder, pero tirano

con cuantos dependian de su mano.

« Cuando algun bien hacia por su propio interés á los agenos, pesábase este bien involuntario; y daba por perdida la jornada si no causaba en ella mal á nadie.

« Su vida fué una serie continuada de injurias á los hombres y rebeliones contra el Ser Supremo. Solo le daba pena pensar que en algun día de ofensas su caudal acabaria.

« Por medio de artificios á inmerecidos puestos elevóse; mas sus honores antes que él murieron.

« Tu, quien quiera que seas, caminante, penetra en tu interior, y si conoces que en algo te pareces, tiembla, pues, y corrígete.

« Así quien en la vida fué de sus semejantes dura plaga, útil será una vez, mal de su grado, á aquella humanidad que hubo ultrajado. »

La aurora de esta inocente revancha sobrevivió poco mas de cuatro años al desenlace de sus desgracias.

En cuanto á Bowes, el resto de su vida guardó perfecta armonía con lo que ya hemos visto de él. Su historiógrafo M. Jesse Foot que continuó siempre asistiéndole, nos ha dejado abundantes detalles acerca de la cautividad de este hombre, que por falta de garantías pecuniarias, permaneció veintidos años en su prision. He aqui extractadas las mas características:

« Las costumbres de Bowes jamás fueron distinguidas: en el tiempo de su prosperidad gozaba con toda clase de chanzas groseras y burlas crueles para aquellos de sus numerosos convidados que él suponía que habian de sufrirselas sin quejarse.

« Véase, como muestra, la mala pasada que Bowes jugó á uno de sus parásitos, corredor de Londres, que iba con frecuencia á comer á Saint Pauls-Walden. Tratóse un día de hacerle beber mas de lo regular, y cuando estaba ya completamente embriagado le sentó en una silla de brazos, con una servilleta enrollada al cuello, un gorro de dormir en la cabeza y el rostro enarinado: le puso además un espejo junto á la cara, colocado entre dos blandones que quedaron encendidos toda la noche. Nos olvidámos de decir que previamente se le habia descalzado, poniendo cerca de él sus botas llenas de agua. La consternacion del pobre hombre cuando despertó sobre las cinco de la mañana, y la prisa con que se calzó para dejar inmediatamente el castillo, produjeron una serie de accidentes cuyo sabor cómico celebraron vivamente Bowes y los otros huéspedes.

« En la prision dividia el tiempo entre el seguimiento de algunos procesos y las seducciones de baja estofa.

« Gustaba de jugar ante los tribunales, que procuraba interesar en su favor con enfermedades fingidas, afectando escupir sangre y desmayarse cuantas veces se presentaba ante sus jueces. Una provision de ipecacuana y algunas gotas de sangre de ternera servian para estas comedias extravagantes. Su manía de engañar se estendió hasta sus cuñados, de quienes consiguió una renta anual por la promesa de legarles el señorío de Benwell; y lo que prueba asta qué punto sabía manejarse con los hombres mas as-

tutos, es que todos sus agentes judiciales uno tras de otro, fueron por último victimas de la confianza que les sabia inspirar. Uno de sus mayores placeres era el de lograr de ellos adelantamientos considerables de que jamas pudiesen reembolsarse.

« Una pobre jóven fué la victima mas deplorable de ese don de seducción que era uno de los pasatiempos favoritos de Bowes. Solia venir á la prision con objeto de ver á su padre, á quien una ruina impensada habia conducido allí. Bowes consiguió perderla é inspirarla una pasion tan viva, que quiso á todo trance compartir con él su cautividad. Esta prueba convincente de cariño no la puso al abrigo de las persecuciones que el antiguo esposo de miss Newton y de lady Strathmore habia contraído el hábito de hacer sufrir á cuantos le estuviesen sometidos: tenia la rigurosamente encerrada bajo llave so pretexto de celos; y sin embargo se divertia en hacer en su nombre el amor á las otras reclusas, de las cuales se mofaba abiertamente luego que caian en los groseros lazos que les tendia.

« Conforme iba envejeciendo, su degradacion moral adquiria un carácter todavia mas innoble. Se entregó á la bebida y cayó en un estado de embriaguez casi continua. Aunque de tiempo en tiempo dispusiese de algunas sumas, aparentaba la mas completa miseria, iba vestido de harapos y no daba medias ni zapatos á los cinco hijos que habia tenido de su compañera de prision. De estos infelices seres habia hecho otros tantos esclavos que le servian de rodillas y á los cuales hacia raspar con los dedos el lodo seco de su calzado.

« Próximó ya á la muerte, este hombre singular y, como le llama enérgicamente M. Foot, corrompido hasta la médula de los huesos, hizo no obstante en favor de aquellos algunas disposiciones testamentarias; pero nada quiso dejar á la mujer que habia dado tantas pruebas de un cariño intenso, y que por espacio de tantos años habia servido de blanco á sus caprichos, á su mal humor y á su carácter cruel. Desoyó los ruegos y las lágrimas de sus hijos y el ascendiente que su cirujano habia tomado naturalmente sobre él durante su postrera enfermedad, y nada bastó para obtener que asegurase á esa infortunada una módica pensión anual de 100 libras.

« Así murió Andrew-Robinson Bowes, uno de los hombres mas famosos de su tiempo por la perversidad de sus inclinaciones, por lo refinado de su hipocresía par la audacia de sus ambiciosos planes, por haber sabido elevarse, por la duracion de su fortuna, y por el endurecimiento moral que hasta el fin de su vida le hizo inaccesible á todo saludable remordimiento. »

GUILLERMO VAN DEN VELDE.

G. Van den Velde no se limitaba para adornar sus marineras en calma, á pintar una barca ó algunos buques, sino que á veces, por el contrario, ponía un crecido número, una flota entera en la rada poblando la mar con sus velas soliendo tambien representar, como en la composicion que acompaña á este artículo, una flotilla donde se ven buques de diferentes tamaños y de formas diversas, con el arte y habilidad que ya hemos dicho.

Estas cualidades eran, por decirlo así, hereditarias en Van den Velde el menor. Lo mismo que su padre, fué llamado á Londres por el sucesor de Carlos II, y allí entre el crecido número de buenos cuadros que hizo, dió á luz al-

gunos que pueden llamarse oficiales, y que se hallan hoy en la galería del palacio de Hampton Court, los cuales representan las fiestas y ceremonias navales que hubo bajo el reinado de los dos últimos Stuardos.

La pensión anual que cobraba Van den Velde el mayor, era de cien libras esterlinas; Jacobo II acordó al hijo de este dibujante otra que se elevaba á la misma suma. Si se hubiese considerado el mérito, no hay duda que habría sido superior, y no porque Van den Velde padre no fuese un

hombre de gran talento, sino porque el manejo del pencil le era totalmente desconocido. Houbraken asegura que no dibujaba sino á la pluma, y que jamás pudo lograr aprender á pintar al óleo. Sabía dibujar en papel blanco, con un arte admirable, marinas y buques vogando á velas desplegadas, ó combatiendo entre sí, y se embarcaba en las flotas que salían armadas para alguna expedición, sin otro motivo que el de pintar con verdad los combates.

Los Estados de Holanda pusieron á su disposición una



VAN DEN VELDE. — La flotilla.

fragata ligera, llevando órden el capitán de tomar todas las posiciones que pudiese desear Van den Velde. Entonces pudo verse á un dibujante metido en lo más fuerte de un combate naval, espuesto á toda clase de peligros por amor á su arte. El almirante Opdam se sorprendió muchísimo al ver á un hombre que comprometía su vida por otra gloria que la de las armas. Van den Velde comió en el buque que mandaba el almirante holandés, buque que saltó en el aire algunas horas después que nuestro artista había salido de él.

A los pintores holandeses les ha gustado siempre en demasía la observación de los hechos, y para no citar más que un ejemplo, diremos solo que Bakhuysen se embarcaba en una chalupa siempre que veía una fuerte borrasca, para mirar de cerca los desórdenes del huracán: observaba el choque y los restos de los buques que zozobraban contra una roca, y la maniobra de los marineros espantados; solo él, en medio de todos se hallaba impertérrito y sereno. Atento en medio de la tormenta sobre un ligero esquife,

dibujaba tranquilamente sus diseños. Los marineros más intrépidos, aterrorizados, tuvieron más de una vez que llevarle á tierra á pesar suyo.

Ni Guillermo Van den Velde ni Bakhuysen, al obrar así, pagaron demasiado caro la brillante fama que adquirieron.

J. J. ANNEX.

CUENTOS NORMANDOS

DE JUAN DE FALAISE.

Con este título apareció en 1842 un librito sumamente gracioso, cuyo descuidado autor lo dejó manuscrito en una librería normanda, sin cuidarse de su suerte. Vamos á reproducir uno de los cuentos que contiene, persuadidos de que esta muestra bastará para que nuestros lectores aprecien el mérito de la obra.

EL APRISCO.

Lucia terminó su oración, se miró en el espejo, arregló sus cabellos y vino á pedirme el beso matutino, que estampé en su tersa y blanca frente. Después se apoyó en mi brazo con zalamería.

— Bajemos al cortijo, murmuró al mismo tiempo, y verás un magnífico queso de cabra.

Dejeme seducir, nos calzamos los zuecos, y como el tiempo no estaba seguro, cogimos ella la sombrilla y yo mi paraguas, y bajamos. Entramos en la lechería, y allí Lucia, ostentando sus riquezas, me obligaba á probar la sábrosa nata de todas sus vasijas, cuando oímos en la avenida el ruido de un carruaje; al punto volvimos á subir.

— Es nuestra buena tía de Bellesme me dijo Lucia, corriendo á ayudarla á salir de la berlina, lo cual no dejaba de ser obra meritoria.

— Buenos días, sobrino; buenos días sobrina; nos dijo mi anciana tía jovialmente. ¿Qué os parece mi sorpresa, hijos míos? He dejado mi partida de hoston por ver cómo se vive hoy en el campo, y si las flores conservan siempre el color que tenían en mi tiempo.

— Pardiez, tía mía; ya os haremos ver que aquí lo pasamos tan felices como siempre, y espero despertaros el deseo de que vengáis con mas frecuencia á completar nuestra ventura.

Lucia se apoderó acto continuo de su brazo izquierdo y yo del derecho.

Siempre ha sido para mí la comida un asunto importante.

— Cuántas comidas haceis, tía mía?

— Yo... me contesto mirándome de hilo en hito, hago las que todo el mundo... tres.

— Qué siglo, tía, qué siglo! exclamé dolorosamente: ha suprimido la mas alegre de todas, la deliciosa merienda.

— Bah! respondióme admirada. Si eso se hubiese hecho hace sesenta años, adonde hubieran ido á parar tantas glorias gastronómicas y tantas agudezas, como por ejemplo, las del caballero de Boufflers?

Lucia ignoraba afortunadamente quien era el caballero de Boufflers; pero yo, viejo pecador, había oído hablar de Alina y de otras muchas cosas, de modo que al punto comprendí que nos amenazaba una historia.

— Ya tenemos asunto para la velada, murmuré entre dientes, por larga que sea la de un día de setiembre.

Lucia nos llevó otra vez al cortijo y al establo, donde un becerriño que apenas podía sostenerse de puro gordo, mamaba á su madre, soberbio animal de la llanura de Caen, y alargaba hacia nosotros su hocico cubierto de leche. Mi Lucia se admiró de que mi tía no prorumpiese en exclamaciones de sorpresa, y la condujo hacia una barrera, desde donde vimos en la pradera seis vaquillas de Bretaña de mucho precio y muy abundantes de leche. Mi tía se manifestó mas fria con las vaquillas que con el becerro. Consternada la pobre Lucia se volvió hacia el aprisco, pero no bien asomó mi tía la cabeza á la puerta baja, cuando la retiró diciendo:

— ¡Uf! Qué horror! Por qué no están lavadas y peinadas vuestras ovejas? Cómo es que no llevan cintas al cuello? Sobrina mía, y tu cayado?

Lucia la miraba sin pestañear.

— Esta es otra historia, dije en voz baja.

Entonces me tocó hacer los honores. Llevé á mi tía al jardín y la hice dar un buen paseo, pero ella se volvía siempre

á mirar el parterre, hasta que habiendo visto una desventurada amapola, que en él había crecido olvidada de todos, me dijo con acento de reconvencción:

— Ah, sobrino mio!... una planta inútil!...

— Cómo, tía mía?

— Una amapola en tu jardín!

Conoci que iba á enfadarse, y tomé el partido de arrancar la amapola, después de lo cual pregunté el motivo de ser enemiga contra aquella pobre flor.

— M. de Florian les ha declarado la guerra, me contestó muy serena.

— Tercera historia, murmuré sonriéndome.

Comimos á las dos, con arreglo á la laudable costumbre de mi tía, y habiéndome apoderado de un buen trozo de pierna de ciervo, pregunté á mi tía:

— Se comían crudas ó asadas las piernas cuando erais jóven?

— Cuando yo era jóven, respondió mi tía, había otros manjares. Ah! Cómo han mudado los tiempos! Cuando yo era jóven!... Qué tiempo tan feliz! Supongo, sobrina mía, que habrás visto en París muchos cuadros de Boucher, del gran pintor que solo tuvo un rival.

La erudición de Lucia se vió en un compromiso, porque yo no había creído necesario enseñarla en el Louvre el *Vaite á Citerca*.

— Pues bien; ese pintor podría darte una idea de la época en que yo era jóven. A los quince años me presentaron á una mujer encantadora, á una reina adorable. Pobre reina!

Dos lágrimas se desprendieron de los ojos de mi tía, y nosotros participamos de aquella emoción producida por un recuerdo.

— La reina tenía su quinta en el pequeño Trianon; un gentil-hombre de M. de Penthièvre acababa de publicar la *Galatea*, y el placer triunfaba en los salones de París: había un furor de pastores y de pastoras, del cual participaban los pintores, los poetas y los filósofos: los pastores eran poco rústicos, y las pastoras bastante desvergonzadas, pero aquella sociedad era deliciosa por su abandono. Yo era, sobrino mio, una hermosa pastora, rubia, fresca y risueña. Tu tío, que entendía bastante el arte de componer versos, y mandaba una compañía de dragones del regimiento de Penthièvre, pidió mi mano. Juntos vivimos doce años; hemos sido felices, pero nunca he llegado á conocerle. Desde que brillaron los primeros días de la revolución, se reconcentró su carácter, y solo habló de ella con miedo. Después de la célebre procesion á Nuestra Señora, en la cual figuró como miembro de la nobleza, y yo entre las damas de la corte, me dijo:

— Mañana partiremos para nuestras tierras de Normandía, y allí vivireis á nuestro gusto.

— Muy bien, le contesté, así no abandonaré mis queridas ovejillas, y haremos vida de novios.

Se sonrió con estreñecimiento.

La posesion de Aigneville dominaba un terreno delicioso, y entre dos colinas inmediatas que daban paso al camino de Argentan, se veía desde ella gran parte de la ciudad, que ostentaba con orgullo la cúpula de San German.

Reuní diez ovejas hermosísimas, púeseles nombres, y las engalané con cintas de diferentes colores; en seguida me proporcioné un cayado y un sombrero de pastora, que me sentaba perfectamente con mi vestido corto y mi guardainfante.

Cierto día vimos llegar á M. de Florian, á quien yo había conocido en París, y tu tío en el regimiento de Penthièvre.

Parecióme desde luego algo cambiado, y que una sombra melancólica turbaba la tranquilidad de su rostro: tu tío lo condujo á su gabinete, y creo que allí hablaron de París y de los clubs. La frente del marqués se oscureció, y por último me dejó mi pastor. Entonces lo conduje á mi lechería, como lo habeis hecho vosotros conmigo, y despues bice que se sentase en la pradera, en la cual pacía mi pequeño rebaño. Pareció ballarse satisfecho de su discipula, y me preguntó si no tenia algun jardinillo en el que yo misma cultivase la humilde violeta, que es la flor obligada de las églogas.

— ¡ Ah ! no señor, le contesté tristemente.

— ¿ Ni poseeis algun pajarillo familiar que repita el nombre de vuestro amado ?

— No, pero el padre de *Galatea* no se negará á concluir lo que ha empezado su hija.

Al dia siguiente envié M. Florian á París á su fiel Mercier con órden de enviarme dos canarios, á los cuales debía yo instruir con mi orguillo. Y ¿ á que no adivináis quien me los llevó ? Pues fué el mil veces victorioso é ilustre caballero de Boufflers.

— Querido, dijo al marqués, ¿ cómo queréis que os llamemos ahora que hay una ley que suprima la nobleza ?

— Soy y seré siempre en mi casa el marqués de Aigneville, contestó tu tío.

— ¡ Ay amigo mio ! ¿ Cómo se fastidia uno en París ! Todos se miran unos á otros como si no se conociesen, se reunen sin sonreirse, y se hablan sin confianza.

— Y se matan sin juzgarse.

— He dejado que me nombren individuo de los Estados generales, repuso M. de Boufflers, pero héme aquí de nuevo hecho un viajero; le detenido á Mercier, y me he encargado de su comision para introducirme con vuestra Estela, M. de Florian.

Entonces nos entregamos á unos juegos encantadores; veíamos obsequiada de dos hombres que debía envidiarle la Francia, y M. de Florian estudiaba en mis bosques un apólogo, así como Numa sacó una ley de su Egería. M. de Boufflers habia concluido ya un retrato al pastel cuando llegó el día del cumpleaños de Aigneville.

Debíamos bailar sobre la yerba delante de la reja del parque. En efecto, despues de vísperas se presentaron con si pintorescos trajes los jóvenes de ambos sexos. M. de Boufflers tocaba perfectamente el sistro, y habiéndole rogado que lo hiciese para que bailásemos, puso por condicion de su tarrea que daría un abrazo á todas las bailarinas.

Nunca se habia visto reunion mas alegre y bulliciosa, pero en medio de nuestra algazara se presentó el fiel Jazmin y se dirigió al marqués. Sobrino mio, ¿ cómo llamas á tus criados ?

— Federico, Bautista, Mateo... les damos los nombres que recibieron en el bautismo.

— Los nuestros se llaman Lañor, ó bien Jazmin, Tulipan, etc.

— ¿ Y que sucedió, tía mio ?

— Inclínose Jazmin al oído de tu tío, y le dijo: Ocultaos, señor marqués, porque Artaud el carnicero y una partida de descamisados os buscan.

El marqués contestó sin titubarse:

— Que entren esos señores, les esperaba.

— Pero, señor marqués... exclamó Jazmin.

— Lo mismo es hoy que mañana, y doy gracias á Dios porque el peligro se me presenta sin rodeos.

Seis monstruos de horrible catadura aparecieron entonces entre nosotros antes que el caballero y M. de Florian com-

prendiesen el terror de Jazmin, la confianza del marqués, y la realidad de un peligro. El marqués los recibió con su acostumbrada cortesania, lo cual no dejó de desconcertarlos.

— ¿ Qué se os ofrece, caballeros ? les preguntó en seguida.

— Ciudadano marqués, contestó Artaud, venimos á prenderos á vos y á vuestra esposa, como sospechosos á la patria.

— ¿ Nada mas ?

— El pueblo tiene hambre, y cogereis las provisiones que se encuentran en vuestra quinta.

— ¿ Cómo ! ¿ tambien mis ovejas ? grité desesperada.

— Si, ciudadana marquesa.

— ¿ Y nada mas ? repuso el marqués con la mayor tranquilidad.

— La Francia está en peligro; nos apoderaremos de las armas y de los caballos.

— ¿ Y tal vez de los míos ? preguntó con ira el caballero.

— La Francia está en peligro, repitió Artaud.

— Has de saber, palurdo, que soy miembro de la Constituyente.

— ¿ Quieres unir á eso el título de sospechoso ?

Durante este diálogo el marqués se acercó á la puerta, y cortó la retirada á los descamisados: entonces sacó dos pistolas del bolsillo, y apuntando á Artaud y á uno de sus camaradas, les dijo:

— Ya veo que no valeis la mitad que los revolucionarios de París: el primero que se mueva, caerá muerto. Caballero, haced que ensilen vuestros cañones, y tambien dos de los míos.

El caballero me besó la mano, y salió diciendo:

— Voy á pedir al príncipe Enrique de Prusia el premio de todos mis madrígales. ¡ Y no volví á verle !

— Mi querido Florian, dijo tu tío, hé aquí interrumpidos vuestros trabajos por unos pastores poco comunicativos.

M. de Florian me besó la mano, y contestó al salir:

— Voy á la sombra del parque de Sceaux y de mi compatriota Boissy de Anglas, á pasar, si me es posible, algunos dias tranquilos. ¡ Y no volví á verle !

Jazmin me trajo entonces un caballo, tu tío montó otro, picamos, salimos á escape, llegamos á Boloña, y desde allí me hizo el marqués pasar á Inglaterra. ¡ Y no volví á verle ! Así acabó la historia y la comida de mi tía: sus párpados se cerraron y conocimos que deseaba descansar.

Poseo una hermosa edición del victorioso Boufflers: creyendo complacer á mi tía, la puse encima de la mesa de su cuarto, para que la leyese, si queria, despues de su sueño.

Al dia siguiente fui á saludarla; pero... habia partido ya, dejándome sobre la edición de Boufflers un billete concebido en estos términos:

« Sobrino mio: has de saber que si me es permitido con- servar un recuerdo del caballero que contribuyó á amenizar los mas bellos dias de mi juventud, nada tengo que hacer con sus obras. »

— ¿ Qué es lo que has hecho ? me preguntó Lucía.

— Una necesidad que voy á reparar hoy mismo.

— ¿ Cómo ?

— Remitiendo á mi tía las preciosidades pastoriles y morales de M. de Florian.

SOBRE LAS ESPADAS DE DIAK EN LAS ISLAS DE BORNEO.

El hierro que se halla á lo largo de las costas de Borneo, es de excelente calidad, como lo saben las personas que han visitado los puntos de Sambas ó Pontiana; pero el mas superior de todos es el que se explota en Bangermassing; y el modo que los naturales tienen de forjarle ó trabajarle, les escusa la necesidad de comprar acero de Borneo. Sin embargo, el mejor hierro de Bangermassing no iguala al que se trabaja por los mas rudos habitantes de Diak; las mejores hojas de sables y demas armas blancas de los *rajs* y jefes de Bugis son fabricados por ellos, y es un hecho extraño, pero que no admite duda, que cuanto mas se interna uno en el pais, tanto mejores son los instrumentos de hierro que se hallan en él.

El país de Selgie es superior en este respecto á todos los que están situados en las inmediaciones de las costas, y de todas partes se hacen grandes pedidos de sus hojas de sables, espadas y otros articulos. Un inglés que visitó poco hace dicha isla, dice que contó hasta cuarenta y nueve fabricas, que todas andaban, solo en el punto de Mopow. Los naturales del país mas interior, á quienes los viajeros ingleses nos pintan en un estado de naturaleza, pues ni construyen casas de ninguna especie, ni se mantienen de otra cosa que de frutas silvestres, culebras y monos, procuran sin embargo, por este excelente hierro, y hacen con él hojas de espadas, que son luego muy buscadas por los naturales de otros distritos. Los instrumentos hechos con el hierro en bruto de esta clase, cortan con igual facilidad el acero y el hierro en bruto; un inglés asegura haber hecho pedazos, con un instrumento de esta especie, por vía de ensayo, varios cortaplumas, y que uno de los príncipes de aquella isla, no habiendo podido cortar con uno de dichos sables al primer golpe el cañon de una escopeta, le tiró contra un pedazo de madera muy grueso, el que hizo pedazos sin que el sable se mellase: enseguida se le regaló á dicho viajero, quien hizo con él un presente al gobernador de Macasar, y este se lo envió á S. E. el comisario de Java.

Otro caso refiere el mismo viajero para prueba del temple admirable y fortaleza de dichos sables. Hallándose en la habitacion del sultan de Coti, vió partir los cañones de tres mosquetes á los pocos golpes que se les dieron con un sable de la especie mencionada; y refiriendo el hecho con admiracion á otro príncipe de Borneo, le aseguró este riéndose que nada tenia de particular, y que el hierro de aquel sable no seria de la mejor calidad, pues de lo contrario hubiera hecho pedazos los mosquetes al primer golpe.

Habiendo consultado Zenon el estóico á un oráculo acerca del género mejor de vida que podría elegir, le fué contestado que conversase con los muertos; ó lo que es lo mismo, que se dedicase á la lectura.

Los que se dedican á la carrera de las letras, suelen pasar por tres situaciones diferentes. Cuando empiezan, forman una idea ventajosa de sus luces; cuando han hecho algunos progresos y ven las dudas y vasta estension de las ciencias, caen en el desaliento; y por último, cuando han llegado ya al apogeo de la ciencia, se persuaden de que hay conocimientos utilísimos que se pueden adquirir sin un inmenso trabajo, siempre que se elija lo mejor de cada género.

EL CASTAÑO DE ROBINSON

EN EL BOSQUE DE AUNAY.

El camino de hierro de París á Sceaux serpentea como un arroyo entre dos riberas de verdura, en medio de frondosas alamedas. En media hora se llega del jardín del Luxemburgo al parque de Penthièvre. Los domingos, en cuanto se sale del carruaje, en frente de la bonita iglesia de Sceaux y de la tumba de Florian, se ve una nube de hombres armados de látigos que gritan con todos sus pulmones: Robinson! Robinson!

Para un forastero, y aun para un parisiense que no ha visto las cercanías de Sceaux en algunos años, esta rara acogida envuelve un misterio. Se cede á la curiosidad, se entra en un omnibus desvencijado é informe, y en menos de dos minutos se llega al bosque de Aunay, distinguiéndose aun las casitas de la aldea de Sceaux. La sorpresa no es muy agradable; todo se reduce á unas cuantas miserables tabernas, puestos ambulantes, juegos campestres, orgánicos y escenas de borrachos. Si no fuera por los hermosos árboles que allí abundan, se creería uno todavia en la barrera del Infierno de donde se ha salido. Sin embargo, las miradas se fijan en una bandera que flota en lo alto de un árbol, y encima de una puerta rústica, artísticamente compuesta de ramas secas entrelazadas, se lee la palabra cabalística: *Robinson!*

Sin duda hay por allí cerca un lago, un estanque, una isla ó una cabaña solitaria?

Nada de eso. Estamos en tierra firme, en una especie de jardín sin flores, lleno de mesitas para los que gusten apaciguar la sed ó el hambre. La maravilla que da su nombre á este restaurant es un castaño de dimensiones colosales cuyas robustas ramas sostienen dos tabladillos con balaustadas, el uno mas alto que el otro como formando dos pisos. En estos dos comedores aéreos se ven varias mesas puestas, y se sube por una anchoa escalera sólidamente afianzada por el tronco del coloso. Los platos se suben en anchos canastos por medio de cuerdas y de garruchas. A decir verdad, la pintoresca situacion de las personas que se divierten comiendo en el aire, no recuerda en manera alguna al pobre Robinson en su isla; de modo que este nombre es aquí una invencion de puro capricho. El espectáculo que en torno se descubre no tiene tampoco nada de común con las austeras inspiraciones de la novela puritana de Daniel de Foy, siendo imposible pensar en soledad y en inocencia en medio del ruido de tenedores y de vasos, de los gritos de impaciencia de los habitantes del árbol que piden su comida, de las contestaciones de los mozos, de la alegría demasiado pronunciada de la concurrencia, y de las incessantes peticiones de los músicos y músicas ambulantes, que ponen el cólico á la gritería, con sus orgánicos, tamboriles y gaitas.

Mucho se ha repetido que los parisienses no gustan de la paz y el silencio de los campos, y en efecto, la mayor parte de ellos no se divierten en los bosques sino llevando consigo el ruido; separados no se hallan bien, les falta alguna cosa, el estrépito de las calles; así se buscan, se juntan y no están contentos sino cuando han logrado formar un buen concierto de voces, de gritos y de risotadas. Por esto el restaurant de Robinson en el bosque de Aunay, ha alcanzado una voga y nombradía que en vano habria ambicionado cuando no tenia otros atractivos que sus soledades, la frescura de sus sombras y el canto de sus pájaros. El buen éxito del castaño-restaurant ha excitado una emulacion de las mas fatales para el bosque, porque de dos años á esta

parte otros especuladores le han explorado en todos sentidos en busca de los árboles corpulentos, y á medida que los iban descubriendo; con tal de que pudieran soste-



Cercanías de Seeaux. — Robinson y la aldea de St-Eloi. — Dibujo de Champin.

ner una mesa para ocho ó diez personas ya quedaban transformados en fondas. Por fortuna el bosque es grandísimo, y el paisaje que tiene alrededor ofrece bonitas perspectivas

á los que no son partidarios del tumulto y el ruido. En el espacio de una legua se ven alternativamente entre otras cosas, las preciosas casas de recreo de Aunay, el valle en

donde Chateaubriand escribió sus *Memorias*, campos enteros de fresas y de rosas, y los viñedos de Chatenay donde nació Voltaire.

EL CASTAÑO DE ROBINSON.

(Véase la p. 359.)



Cercanías de Seeaux. — El castaño de Robinson. — Dibujo de Champin.

LEOPOLDO SPENCER

POR

LEON GOZLAN.

Spencer ha existido. Su historia no es un apólogo con una moralidad oculta dirigida á los artistas: si hay moralidad no es culpa nuestra.

Spencer vino al mundo por los años de 1785 y era hijo

único. En la época del terror, un horrible acontecimiento estuvo para arrancarle de esta vida; su padre, condenado por un tribunal revolucionario, fué guillotinado en la plaza de la Revolución, y su madre, testigo de este espectáculo, le dejó caer de sus brazos á los pies de la muchedumbre. Sin embargo, por desgracia ó por fortuna, Spencer sobrevivió á este accidente. Siendo muy niño aun, mas de una vez se despertó al ruido del cañon de las secciones; mas de una vez la República no dió á su madre el pan suficiente para alimentarse.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.